



La Santa Sede

**DISCURSO DE SU SANTIDAD JUAN XXIII
TRAS LA PROMULGACIÓN DE LOS DECRETOS SOBRE LOS MILAGROS
DEL BEATO JUAN DE RIBERA Y LA HEROICIDAD DE VIRTUDES
DE FRANCISCO DE MONTMORENCY LAVAL***

Domingo 28 de febrero de 1960

¡Venerables hermanos y queridos hijos!

La circunstancia de hoy merece ser destacada de manera particular por diversos motivos. Pues dos causas de Beatificación y de Canonización reciben hoy el refrendo feliz de un largo período de estudios y de procesos.

La primera, del Beato Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia, alcanza una meta felicísima, y la lectura del Decreto sobre los milagros atribuidos a su intercesión abre definitivamente el camino a su Canonización. La segunda, del siervo de Dios Francisco de Montmorency Lava!, primer Obispo de Québec alcanza a su vez el fausto coronamiento de pacientes y minuciosas investigaciones; y, sin, duda, el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes del Siervo de Dios hace esperar la continuación de dicha causa.

Dos etapas importantes, pues, en el largo camino que la Iglesia sigue, a veces durante siglos enteros, antes de proponer los ejemplos de santidad de sus hijos insignes.

Pero lo que hace aún más querida a nuestro corazón la circunstancia de hoy es el hecho —sin duda no buscado, pero tanto más significativo— de que se trata de dos Obispos, de dos Pastores, para quienes las palabras inspiradas de Pedro y de Pablo se han convertido en realidad viva, vivida y sufrida: «Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, no por fuerza, sino con blandura, según Dios; ni por sórdido. lucro, sino con prontitud de ánimo; no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño» (1P 5,2-3); «mirad por vosotros y por todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido Obispos, para apacentar la Iglesia de

Dios, que Él adquirió con su sangre» (*Hch 20,28*).

Estas dos figuras, que vivieron a un siglo de distancia una de otra, pero unidas hoy en el fulgor de su vida ejemplar en un rito denso de significado y de felicísimos presagios, tienen una sublime lección que darnos.

Beato Juan de Ribera

Mirad al Beato Juan de Ribera: a los treinta años, en la fuerza de la juventud, madurada en una práctica constante de caridad y de ministerio, es elegido Obispo de Badajoz, y seis años después promovido Patriarca de Antioquía y Arzobispo de Valencia. Durante la benéfica irradiación del Concilio de Trento, terminado justamente en aquellos años, el nuevo Obispo se entrega incansablemente y sin reserva a su misión pastoral. La aplicación de los Decretos Conciliares es el firme programa de su episcopado, y en esta luz se sitúa su maravillosa actividad: celebra siete Sínodos, edifica iglesias materiales, pero más todavía espirituales, las almas; y pensando en el cuidado del Clero —primera preocupación de los Padres del Concilio porque en ella está el secreto de la transformación ética y religiosa del pueblo cristiano— le hace objeto de sus celosas preocupaciones que culminan en la fundación del Colegio «Corpus Christi», dotado por él, con gusto de Mecenas, de manuscritos y libros raros.

Su celo hizo brillar la luz ante los hombres (cf. *Mt 5,16*); y, por la eficacia de su trabajo pastoral, se puede comparar su figura con la de su gran contemporáneo San Carlos Borromeo.

Qué íntima satisfacción sentimos al recordar estos nombres, al evocar tales acontecimientos, que, en tantos aspectos, recuerdan nuestros tiempos; y con qué esperanza Nos dirigimos al Beato Juan a fin de que rogando con Nos por la aplicación del Sínodo Romano y preparación del Concilio, Nos alcance de Dios la gracia de reflorecimiento de santidad en nuestra Roma y en la Iglesia universal.

Siervo de Dios Francisco Montmorency Laval.

Considerad, después, al Siervo de Dios Francisco de Montmorency Laval. Pertenece a una noble familia de Francia, tiene ante sí un porvenir que le promete satisfacciones humanas. A los veinticinco años es Arcediano de la diócesis de Evreux, y habría podido aspirar a alguno de los más grandes Obispados de su tierra. Pero la vocación sacerdotal, que siguió con toda firmeza y profunda piedad desde su primer brote, significaba para él dedicación completa a Dios y a las almas. A un siglo de distancia el Concilio de Trento seguía ejerciendo una influencia profunda en las almas sacerdotales suscitando en la Francia del siglo XVII frutos maravillosos y fecundos. Montmorency Laval aspira a algo grande, pero en el sentido del Evangelio, no de la afirmación de la humana y familiar ambición; las nuevas tierras abiertas a la evangelización le atraen, las Misiones le encantan. A los treinta y seis años arriba a Canadá. Primero, Vicario Apostólico,

después, Obispo de Québec, trabaja denodadamente durante un trienio, como buen soldado de Jesucristo (2Tm 2,3). Es un animador incansable de obras: también él dedica sus primeras solicitudes a la educación del Clero, fundando aquel seminario de Québec, que, asociado al Seminario de las Misiones Extranjeras de París, influyó profundamente en la vida religiosa y cultural del país, dando origen, después, a la célebre Universidad que toma el nombre de Laval. Organiza el ministerio entre los blancos y la misión entre los indios, cuyos derechos defendió con energía en diferentes circunstancias, incluso resistiendo y oponiéndose lealmente a la autoridad civil, y fue firme defensor de los derechos de la Sede Apostólica.

¡Qué talla de hombre y de Obispo muy digna del reconocimiento de hoy, que le llega después de más de dos siglos y medio de su muerte!

¡Venerables hermanos y queridos hijos!

Vosotros comprendéis nuestra satisfacción que se manifiesta con sentimientos de gratitud, por habérsela proporcionado con vuestro trabajo. La etapa de hoy, además de ser un alegre presagio para las dos Causas, es una fausta promesa y aliciente para la Iglesia de Dios; puesto que, al colocar solemnemente sobre el candelabro estas dos lámparas ardientes tendrá por resultado suscitar cada vez más generosos propósitos de santidad en el Clero y en el pueblo cristiano.

Y por intercesión del Beato Juan y del Siervo de Dios Francisco elevamos al Señor una ferviente súplica: *Ut Ecclesiam tuam sanctam regere et conservare digneris; ut nosmetipsos in tuo sancto servitio confortare et conservare digneris; ut cuncto populo christiano pacem et unitatem largiri digneris. Te rogamus, audi nos!* (Te rogamos, Señor, que te dignes gobernar y guardar a tu Santa Iglesia; que te dignes confortarnos y conservarnos en tu santo servicio; que te dignes conceder la paz y la unidad a todo pueblo cristiano.)

En prenda de las celestiales predilecciones sobre vosotros y sobre cuantos os son queridos por vínculos del sagrado ministerio, de caridad y de familia, Nos es grato poner de todo corazón el sello de nuestra paternal Bendición Apostólica.

* *Discorsi, Messaggi, Colloqui*, vol. II, págs. 234-237.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana